

IRIS



NÚM. 179

BARCELONA, 11 OCTUBRE 1902

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

## EL PUEBLO NATAL

Una de nuestras preocupaciones de verano más avasalladoras son los viajes. Instigados por la moda, por la comodidad ó por la esperanza de recobrar la salud perdida las personas adineradas, y 4 veces hasta las de más humilde peculio, se sienten aguijoneadas por el deseo de mudar de lugar, de respirar otros aires, de conocer caras nuevas. Y ya trazado el itinerario, repleto, ó medianamente provisto de dinero el bolsillo, enfundamos los muebles, cerramos la casa, preparamos la maleta, y allí nos vamos en busca de sorpresas y emociones, unos al campo, otros al mar, anhelantes, más que de frescura para el cuerpo, de casos inesperados, de algo misterioso que realice en parte la plenitud de ideales venturas con que arrullan sus sueños todas las almas.

Las familias pacíficas en la elección de sus excursiones veraniegas suelen decirse por los parajes campestres. Aunque digan lo que quieran los escépticos y los positivistas, el idilio rústico no ha muerto todavía.

Los árboles, cargados de sabrosos frutos, proyectando en el suelo, con su frondoso follaje, deleitosa sombra; las plantas olorosas, con sus flores de colores brillantes ó delicados; los pajarillos parleros, incansables en sus cantos sencillos y tiernos; el manso rebaño pastando tranquilamente, al son de las esquilas, en los umbrosos valles ó en las dilatadas y verdes praderas; el corral de la casa de campo, con sus revoltosas gallinas, con su gallardísimo gallo castellano, con sus medrosos y bien criados conejos; la cigarra, de monótona canturía, en medio de la monotonía de la siesta, ó el grillo, de melancólico chirrido, en medio del silencio de la noche...

He ahí alicientes harto sugestivos para los espíritus que gozan y se recrean en los patriarcales escenas descritas en sus armoniosos églogas por el dulce Garcilaso.

El mar, en cambio, seduce á los temperamentos batalladores, á las miradas que se complacen en las grandes é imponentes perspectivas. Ya se manifieste rebelde, ya sereno, siempre hace recordar el mar lo infinito. Ante él, el corazón se agiganta ó se sobrecoge de temor, presintiendo al terrible monstruo que tiene delante. Un niño que nada supiera del inabarcable poder del mar, al verlo por primera vez, no podría menos de sentirse subyugado, fascinado, atraído por aquel abismo inmenso, con superficie de rientes cristales y fondo de insondables y aterradoras tinieblas. Por eso la impresión que el espectáculo del mar produce no es nunca tranquila. Lo mismo que sus brisas tonificantes, que vigorizan los nervios, el cuadro, trazado por sus ondas, ya aplacadas, ya tumultuosas, despierta en el pecho sentimientos de lucha y de energía.

El mar y el campo son, pues, dos muy principales puntos de cita de los veraneantes. Pero hay otro, más particular, más determinado, en el que no entran para nada los atractivos naturales, sino los afectos del alma, los recuerdos que llevamos todos, más ó menos dormidos, en nuestra existencia. Este





lugar especialísimo de veraneo, es el pueblo natal, el rinconcillo en que nacimos, la oscura aldehuela en que transcurrió alegre y bulliciosa nuestra infancia. No importa que no contenga monumento artístico alguno, ni que sus campos sean eriales, ni que deje de ofrecer recreos para los ojos. Solo al oír su nombre, nuestro corazón experimenta emociones incomparables, hondas, tiernas que hacen «somar a los párpados gotas de llanto. Y ¡desgraciado aquél que no se conmueve ante la sagrada memoria del país nativo! Sólo el miserable ó el necio desdén a su madre, ó reniega de ella.

Podrán los vientos tempestuosos de las ambiciones mundanas arrastrarnos á lejanos climas, empujarnos hacia espejismos fascinadores de la existencia humana, envolvernos en las ráfagas abrasadoras de las pasiones; pero todo eso pasa, y llega un día, el día en que en nuestros labios, avariciosos de besos de amor, de sonrisas de triunfo, de deleites sábariticos, de juvenil orgía, en épocas de locura, aparece el sabor de las cenizas, la insipidez de los restos de todo lo que ha sido dulzura, placer, alegría y entonces la paz, la oscuridad, el reposo nos brinda con bala-



gos irresistibles de playa salvadora' ofreciéndose á los ojos ansiosos del náufrago.

Y recordamos en esos momentos de vanidad del alma, no con gestos de compasión desdénosa, sino con arranques de adoración tierna el pueblecillo humilde, testigo de nuestros primeros goces, con su campanario, rodeado de voladeras palomas; con su escuela, donde nuestra inteligencia empezó á recontr-

tarse por las regiones encantadas de la idea inexplorada; con nuestra casita solariega, en la que papá trabajaba en su profesión para ganar el pan cotidiano, ó aumentar la riqueza heredada, mamá cosía, y los hermanitos jugaban con la hermosa niña, nuestro primer culto, ya acaso muerta, pero nunca olvidada. Si; ese modestísimo grupo de casas, compañeras de nuestra niñez, y de las que no hay ninguna que no conserve algún recuerdo nuestro, nos atrae más qu las capitales más fastuosas, no obstante su pobreza rayana en la miseria. Y hacia allí, al fin, un verano, dirigiémos nuestros pasos, deseosos de experimentar las mágicas emociones que origina toda evocación del pasado. Y vivimos en la vejez, vida nueva. Porque «recordar es vivir» como ha dicho un poeta.

¡Qué triste es, por lo mismo, considerarse proscrito de ese último refugio en las soledades del espíritu. Cuando, después de las batallas de la vida, al buscar en los desencuentros de la derrota un lugar seguro y tranquilo retorna nuestro pensamiento al pueblo natal, ¡qué desconsuelo se apodera de nosotros si allí, donde creíamos hallar amor encontramos odio, en vez de amigos, enemigos, cosas muertas ó transformadas en sustitución de veneradas reliquias! Entonces creído, el pueblo natal inspira más repugnancia que seducción, semejante á esas mujeres idolatradas, que volvemos á ver al cabo de largos años, y que guardan de los tiempos felices, en que fueron amadas por nosotros, sólo el nombre.

En esos casos, la tierra entera nos parece un desierto interminable, sin los placidos oasis de los ríesueños pueblecitos en que vinimos al mundo.

JOSÉ DE SILES





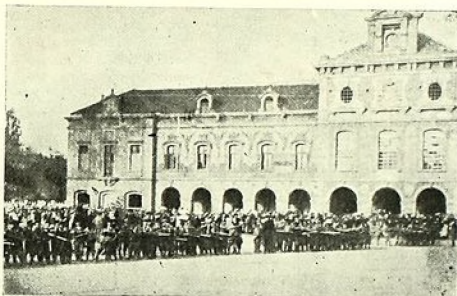
LA ENCANTADORA DE SERPENTES





PRESENCIAS DE LAS RIGATAS

encendidas y armas de piedra. Grupo de cartagineses acompañados de portadores de antorcha. Elefante con dos arqueros. Dos elefantes más llevando buena cantidad de ánforas. Más portadores de antorchas. Otro elefante conduciendo á Aníbal, acompañado de varios portadores de abanicos de la época y seguido de soldados cartagineses. Cortejo de Amílcar Barca, el fundador de Barcelona, en el que figuraban cuatro elefantes, portadores de abanicos, antorchas y una «catapulta» carro de guerra de aquellos tiempos, construido bajo la dirección del señor Utrillo. Después de la antedicha com-



EL BATALLÓN INFANTIL MANOBRANDO EN LA EX-PLAZA DE ARMAS DEL PARQUE

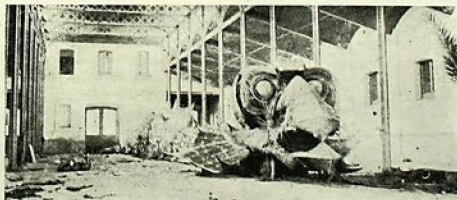


CARRROS DEL CÍRCULO MERCANTIL Y DEL AYUNTAMIENTO

Carlo-Magno y seguían ocho portadores de palio, doce caballeros de su época y ochenta almogávares con tamboriles y camamillos.

Detrás de toda esta comitiva iban los carros artístico-industriales, que varios centros y casas productoras de esta ciudad enviaron á la cabalgata, notables todos ellos por su riqueza y buen gusto.

Cerraba la comitiva el carro del Ayuntamiento simbolizado



DRAGON DE «LA VEU DE CATALUNYA»

## ACTUALIDADES

Por fin terminamos las fiestas de Nuestra Señora de la Merced, al cabo de trece días de duración, y no puede negarse que el festejo que las sirvió de remate, ó sea la gran cabalgata histórico-artística é industrial, salida la noche del domingo 5 del corriente, fué un acontecimiento que puso el sello á la reputación de culta y opulenta de que goza Barcelona.

La cabalgata desfiló por un inmenso gentío según el orden siguiente:

Batidores de la guardia municipal á caballo. El heraldo con el estandarte de la ciudad. Diez trompeteros. Veinte hombres primitivos con antorchas

parsa cartaginesa iba la de los tiempos de la vieja Roma. La formaban un centurión á caballo y varios estandartes alusivos. El carro de la Loba, una enádriga y literas con damas romanas. Otra litera en la que iba Scipión; luego una pantera, diez soldados romanos y el carro de Baco.

Después marchaba la Edad Media representada por cuatro caballeros que antecedian á la colosa figura del emperador



CARRO DE ANIBAL

por una gigantesca matrona que figuraba a Barcelona abriendo paso al progreso y a la vida a través de las montañas.

Por la tarde se celebraron las regatas organizadas por el Real Club de Barcelona, las cuales se vieron favorecidas por brillantísima concurrencia y despertaron el más vivo interés por lo emocionante del espectáculo.

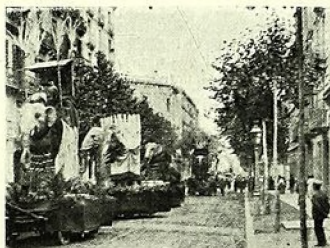
\*\*. Apasionadísimos admiradores de Emilio Zola, lo mismo como novelista que como hombre, séanos permitido expresar en estas páginas el testimonio



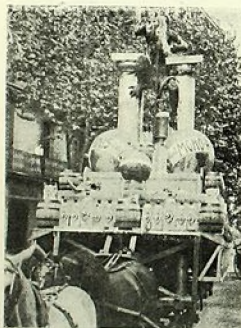
CARROZA DEL FOMENTO



CARROZA DEL CHAMPAGNE MERCIER



ELEFANTES DE LA ÉPOCA CARTAGINESA



CARROZA DEL AÑIS DEL MONO

del acerbo sentimiento que nos ha producido su malhadada muerte. La terrible pérdida de Zola afecta no solamente a Francia sino a la humanidad entera. Por haber compartido sus convicciones y haberlas hecho públicas en estas mismas páginas tuvimos el honor de vernos atacados por los que no podían perdonarle su generosa abnegación.

Muerto Zola parece una gran fuerza y falta un gran corazón. —A. O.



CARROZA DE «BARCELONA»



## LA AMARGURA DE VIVIR

La entrada de D. Cristobal Medina en la sala de armas hubiera pasado inadvertida á no reparar el advenedizo en uno de los tiradores, que se movía con ágil destreza, florete en mano, sobre el linóleo. Enramados adversarios se despojaron de las caretas, aprovechando una de las pausas del asalto, y aquella circunstancia permitió á Medina reconocer las facciones de su amigo. No aparentaba éste más de treinta años, bien que su cédula personal desmintiese tan lisonjera presunción.

Era alto, moreno, lamoiño, con ojos de risueña mirada, destacándose como lo más saliente de su persona la enérgica simetría de los músculos, disciplinados por la esgrima. Así que reparó en el forastero, se fué á su encuentro, con la diestra extendida para el saludo.

—¡Qué milagro el ver á usted por aquí!—enunció el tirador, mientras se enjugaba el rostro sudoroso con una toalla.

Medina, luego de deferir con un gesto á la observación de su amigo, se lo llevó confidencialmente á un ángulo de la sala. Era un hombre ya metido en años, que disimulaba su calvicie á fuerza de habilidad, bajo de estatura, grueso, tirando á panzudo, y sin más rasgos faciales que le compensasen de

la perdida juventud que unos ojos claros, grandes é inteligentes y una dentadura sin mancha de caries. Alberto Smith receló en seguida de lo que se trataba. Se abstuvo, sin embargo, de formular preguntas en la certeza de que la efusión verbosa de su interlocutor supliría lo que el joven discretamente se negaba á inquirir.

—Me bato mañana,—dijo Medina con cierta solemnidad.

—¿Con quién?—interrogó Smith sin ser dueño de contener su interés.

—Con Carmelo Valdivia.

—¿Arma?—torció á preguntarle Smith.

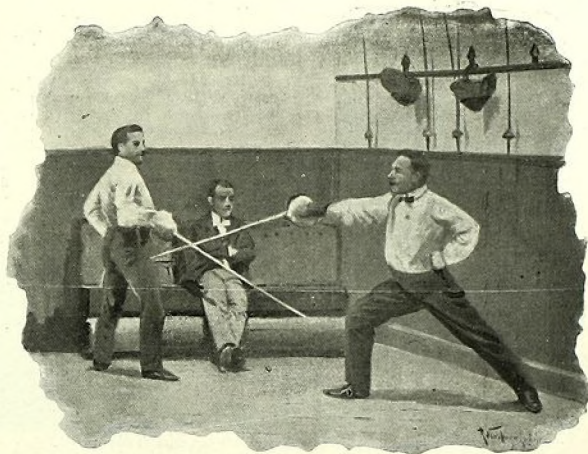
—La espada francesa. Le correspondió la elección, y no se la he regateado. Suceda lo que suceda, me dará lo mismo...

El hábito de lo cómico, la propensión á reír de todo y no tomar nada por lo serio, compromete nuestra autoridad para intervenir en lances graves. Pasaba Medina por ser uno de los hombres más ocurentes de su tiempo. Era solicitado y temido por su ingenio fértil y mordaz. Sus agudezas, sus chistes, sus osadías de palabra, encantaban. En su mocedad aquella bienhechora disposición de espíritu que le inclinaba al escepticismo alegre y desenfadado, le granjeó muchos triunfos. De ahí el que Alberto Smith escuchase con extrañeza aquel solemne anuncio de un duelo.

—¿De modo que es Valdivia el ofendido?—artículo lleno de curiosidad.

—Sí, enteramente. Sus padrinos tienen una carta mía, que le reconoce esa calidad...

No le pareció discreto á Smith el fiscalizar en los motivos del encuentro. Involuntariamente asoció, sin embargo, el nombre de la mujer de Medina á la que ella de su marido. Aquella rubia taciturna, de la cual se refería que se había casado con Cristobal subyugada por el gracejo de su conversación, inspiraba ardorosas codicias, á todos los que andan al acecho del amor clandestino. Decíase que tras el aspecto de una madona de Botticelli con sus ojos cándidos y sumisos, escondía aquella mujer un avis-



pero de apetitos sensuales insaciados, a pesar de la gracia de Medina. Se le atribuían relaciones entupadas con Carmelo Valdivia, y como éste autorizaba aquellos rumores asediando a Magdalena en todas partes, los que hacen a diario el balance de la fidelidad conyugal de las mujeres concluyeron por reconocer en Valdivia el pretendiente aceptado y preferido.

—Ahora lo que importa es que usted se prepare para ese duelo, —dijo Smith con afectuoso interés. —¿Conoce usted el arma?

—Ni esas ni las demás. Allí en mis verdes años tuve la ridícula comezón de adiestrarme en el florete; pero luego lo dejé y me despedí de las armas. Nunca he creído que la tragedia sea compatible con nuestro vivir acompasado y burgués.

El tirador le escuchaba sonriendo. Se le figuraba que aquel importuno desdén de Medina por las armas encubría el remordimiento de no haberlas cultivado asiduamente. Se aproximó al maestro,

que á la sazón se despojaba del peto y del guante, y hecha la mútua presentación al uso urbano, quedó convenido que Medina recibiría dos lecciones de terreno; la primera aquella misma noche y la otra al día siguiente, dos horas antes del duelo.

—Un lance á espada puede tener consecuencias graves y leves, —dijo el maestro con imperturbable seriedad; —pero lo más verosímil y frecuente es que concluya con una herida sin importancia. ¿Ha trabajado usted alguna vez?

—Sí, señor. Cuando tenía veinte años.

—Algún tiempo ha transcurrido desde entonces, —añadió socarronamente el maestro, —pero, en fin, se hará lo que se pueda.

Quedóse Medina en mangas de camisa, erguido, sobre el linóleo. Su semblante expresaba la gravedad iracunda que hubiera mostrado enfrente de su adversario.

El maestro, un francés rechoncho y ágil que hablaba con una entonación militar que sorprendía á Medina, logró, al cabo de muchas enmiendas y recomendaciones, que el alumno se mantuviese correctamente en guardia.

—¿Y cree usted indispensable esta postura? —preguntó con timidez Medina.

—Naturalmente. Es preciso á toda costa conservar la guardia.

—Bueno, ¿y después? —volvió á interrogar el viejo con burlesca impaciencia.

—Después, alargar el brazo, presentando siempre la punta al adversario.

Alberto Smith, sentado en uno de los divanes que orillaban las paredes de la sala, atendía los movimientos de Medina. La escasa flexibilidad muscular de aquel hombre, su pesadez, su desgardo, daban ya la medida del riesgo que corría en un encuentro. —¿Porqué se bate este imbécil? —preguntóse Smith ahondando mentalmente en los motivos probables de aquel duelo. —Este hombre, que en plena caducidad física encadena su vida á la de una mujer hermosa ¿cómo no ha previsto los peligros de semejante unión? ¿Es que á una mujer de veinticinco años le pueden satisfacer y contentar las gracias redichas y los reumatismos agudos de su marido? Esa criatura tiene derecho á su parte de felicidad y la reclama con toda vehemencia de su juventud malograda. ¿Por qué se interpone ese mentecato, ese mezuquino payaso de salón, entre su mujer y la felicidad, que solo puede venir del amor compartido? Las mujeres suelen experimentar una pasajera simpatía por los hombres ocurentes y espontáneos de palabra. Se rien á su costa y hasta les cobran alguna gratitud por haber aliviado su aburrimiento. Pero este hombre, este pobre hombre, que ha reservado su única postura gallarda para la vejez afrontando un desafío absurdo, debió de contentarse con aquella simpatía y aquella gratitud, dos limosnas que la mujer nos prodiga. ¿Quiso más? ¿Tuvo la temeraria pretensión de disponer de una vida que nada tenía de común con la suya? Pues, que purgue su falta, que la expie con todo rigor.

—Ea, basta por hoy, —decía en aquel momento el maestro, invitando á Medina para que descansara. —Ya sabe usted empuñar el arma. Si mañana conserva usted la sangre fría que ha mostrado aquí, todo saldrá bien. No lo olvide usted; mantener siempre la distancia y alargar el brazo...

Medina y Smith salieron, cogidos de brazo, á la calle. Eran las nueve de la noche y el cielo anubarrado se fundía en una lluvia menuda y helada. Al despedirse de su amigo sintió el viejo un escalofrío que hizo trepidar todo su cuerpo. Y Smith, que era un temperamento propenso á la superstición creyó ver en aquello un anticipo del drama que se preparaba. Y como era sano de alma experimentó una intensa piedad por aquel pobre payaso, á quien las preocupaciones sociales obligaban á afrontar el solemne horror de la tragedia.

MANUEL BUENO







## “ ROSA ”

Cerca del camino,  
que conduce al pueblo,  
hay una casita, blanca toda ella,  
de exterior modesto,  
donde vive Rosa, á la que los mozos  
llaman la moñita, de los ojos negros.

Todos á sus plantas,  
amor le ofrecieron,  
todos ya la han dicho que la adoran, todos,  
menos un mancebo  
que por otra sufre que por otra anhela  
que otro es el cariño que ansia su pecho.

Y á ese Rosa quiere  
con amor inmenso,  
á ese ver quisiera á sus pies rendido  
amante, contento,  
y por conseguirlo, sonrle siempre,  
y siempre le mira, con pasión, con fuego...

Vanas las sonrisas  
fueron por completo,

y miró sus ojos, ojos de una diosa  
de llorar y de reír y aun de llanto llenos.

Y feliz la dicen  
todos en el pueblo,  
sin saber que el alma, sufre, sufre y llora  
muñecas de celos,  
sin saber que aquella á quien dichas llaman  
dentro el alma lleva el mayor tormento.

¡Dichosa! Y no sabe  
que su solo anhelo  
era verse amada por el que e la adora,  
escuchar su acento,  
que al no conseguirla no puede haber dicha,  
que toda alegría ya por siempre ha muerto.

¡Dichosa, dichosa!  
La llaman sin serlo  
porque ven su rostro, risueño, y los lábios  
sourire ven ellos,  
sin saber que ocultan esas apariencias  
un mundo de penas y de sufrimientos.



y los ademanes, las tiernas palabras,  
nada consiguieron,  
y ella al comprenderlo, despechada entonces  
trocó las sonrisas, por el vil desprecio.

Y siguió su rostro  
como siempre bello,  
y sus rojos labios al igual que antes  
tiernos sonrieron,  
que en él no repara, aunque está incrustado  
con fuerza su rostro, dentro de su pecho.

Aunque por las noches  
en el aposento  
al hallarse sola, troque la alegría  
por el desconsuelo,  
entre los sollozos mezcla, un nombre amado  
y apartar no pueda de él el pensamiento.

¡Cuántas, cuántas noches  
huyó de ella el sueño!  
Y el sol cuantas veces contempló de Rosa  
intacto aun el pecho,

Sin saber que ha visto,  
perdersen los sueños  
de ventura y dicha que ella concibiera  
silla en sus despos,  
ilusiones bellas, que dió vida el alma  
y al desvanecerse muerte al alma dierna.

Y los mozos siguen,  
siguen repitiendo  
amorosos dichos, ardientes promesas  
de cariño eterno,  
anhelando todos, de tan linda rosa  
y belleza tanta ser esclavos-dueños.

Cantando á sus ojos  
á sus ojos negros  
que á la gloria llevan si es que miran dulces  
si es que miran tiernos;  
que al mirar airados, hasta el pecho le van,  
todos los tormentos, que hay en el infierno.

L. FRAU MARSA





## ¿HASTA CUANDO?

(MONÓLOGO)

¡Por vida de Belcebú! ¡Voto al chápiro! Que no he experimentado en mis días *crisis* tan *despompanante*, como la actual...

Ha tiempo que el cronómetro se *empeñó* en no venir conmigo... El estómago *domina* la *situación*, como el domador de fieras á las ídem... La *hoja de parra* se *clarea*, á pesar de los zurcidos, y estoy en inminente peligro de *faltar á la moral*... Los bolsillos se hallan tan maltrechos y adornados de telarañas, que debo renunciar por la fuerza á la... *sociedad*... Soy un *golfo*... y no hay que darle vueltas.

La realidad de mi excepcional situación, así me lo hace creer...

¡Meditemos...!

Los días se deslizan con la *velocidad* vertiginosa del *tío vivo*, y... esta *crisis* se vá asemejando ya á las de nuestros gobiernos... Mi estímulo *zig-zag*... abandonará su situación quizá por otra mejor... *pero, que no me resuelve el problema*... y así sucesivamente...

Después de todo daría por bien empleado el presente, sino se prolongara con exceso; porque esta carestía, es indudable, marcha acompañada de una experiencia... dolorosa, pero necesaria.

Si bien, el aislamiento en que las circunstancias me tienen, origina la *desesperación*... y ésta el suicidio, única tabla de salvación acariciada por la multitud de esta clase de *náufragos*.

Yo que casi me he perdido entre las negruzcas y desinquietas olas del aburrimiento; puedo estar cerca, muy cerca, de la resolución fatal que está en boga, pero... ¡quid!

No estoy aun alienado, para facilitar á un gacettillero original para su periódico; pero no dejaré de protestar de la mala organización de la sociedad.

Es incomprensible, que manteniendo el principio de ser todos hermanos y de calentar á todos el sol... no suceda lo mismo con la moneda, *único artículo de primera necesidad* para el hombre.

Sin embargo, cuán pocos poderosos hay, á cambio de tanto miserable como andamos repartidos por este inhumano planeta.

Unos sin trabajar, rodeados de cuantas comodidades ha creado la inteligencia de aquellos que con su trabajo solo disfrutan de un escaso y malo... pedazo de pan...

¡Cuanto cieno...!

¡Meditemos!

..

Así se expresaba una *figura de hombre*,... que recostado en un banco del paseo de *cualquiera población* de nuestra exhausta España, *hacia la digestión de opiparo menú*... visto á través del *escaparate fondil*...

ABEN-HUD-RAFAEL



# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 41.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

## BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinato del Puente Rojo*, por Carlos Barbará.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacolliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacolliot.

*Orso*, por Enrique Syenkewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

*Las lágrimas de Juana*, por Arsénio Housaye.

*La necesidad del crimen*, por J. J. Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

¿DONDE ESTA EL PINTOR? por Novejarque  
ROMPECABEZAS

VAN	AL	CA	TIN	NI	DA	MAN	BEN
REG	PUE	RE	GA	O	ZAL	TES	PAL
MER	HA	GAS	SI	WE	FIE	DAZ	ROU
MA	DIL	NA	LU	XAU	TI	A	MIE
VE	IN	BON	O	LO	ER	FU	TA
CHAN	DIN	SIL	IV	PLE	VI	CAU	RO
HEL	NU	CA	VO	JAL	TA	MI	BO
ERS	LI	TE	GEL	TI	RE	DRO	SAL

De estas sesenta y cuatro sílabas extraer cuatro que expresen el apellido de un célebre pintor.

Para más facilidad, advierto á mis lectores que estas cuatro sílabas se obtienen descomponiendo el cuadro en dos pedazos, uno de estos contendrá las sílabas inútiles y el otro las cuatro sílabas del apellido.

Las soluciones en el próximo número

## SOLUCION

á los pasatiempos del número anterior:  
Jeroquifico. — Facundia.

Artificio. — El orden es el siguiente:

Y el todo:

1	3	5	7
2	4	6	8

CA-LA-LA-RY-OBRA-RPOR  
LA TIERRA Y POR LA MAR.

Callar y obrar, por la tierra y por la mar

Estés en China ó San Pol,  
no tengas miedo á la Parca,  
con Magnesia de la marca  
llamada de SAN-IMOL

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. L. de C. — Lérida. — El cuento resulta poco interesante; además, debe ser un fenómeno rarísimo que nieve en la embocadura del Guadalete.

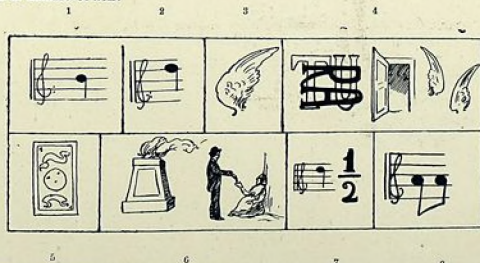
L. V. P. — Madrid. — Crea usted que no comprendo como hay quien se atreve á hacer lo que usted me avisa. Irá todo, pero es menester tomar paciencia, pues hay mucho original y poco espacio.

B. V. de P. — Magnífico, compañero, magnífico!

## INTERCALACION DE FRAGMENTOS por Novejarque

EMP DJ VDD 501 CH PR ÁEL

Entre las precedentes letras intercalar los ocho fragmentos siguientes en el mismo orden:



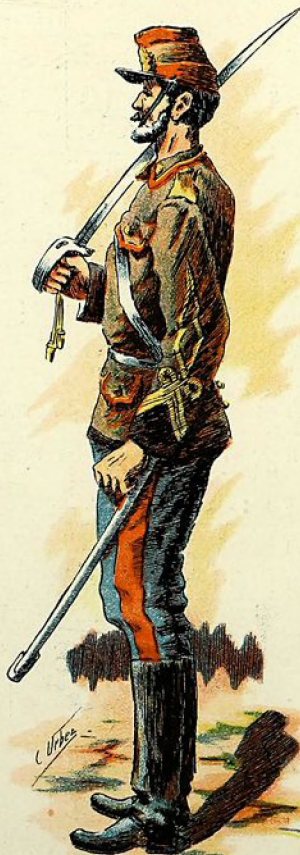
para que se puede leer con todo un pensamiento.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE CUALQUIER NÚMERO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TETUAN, 50, BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

GRECIA



CABALLERÍA: OFICIAL